

momento limitado a la tibia, fue ampliándose con la introducción de la cítara, la flauta de pan, los címbalos o los *scabella*, instrumentos de percusión incorporados a la suela del calzado, que servían para marcar el ritmo de las representaciones.

También en Roma se realizaban conciertos ejecutados por un coro y una orquesta formada con instrumentos propios de la música militar (tuba, *lituus*, bucina y *cornu*), el género más genuinamente romano. Y ya en época imperial, llegaron a Roma cantantes, instrumentistas y bailarines procedentes de otros territorios conquistados, como Egipto, Siria o Hispania. Esta situación dio lugar a

un panorama musical exótico y heterogéneo, contra el cual se intentaron recuperar los antiguos géneros tradicionales grecolatinos. Así se produjo, entre otros, un nuevo auge de la música citarística, cultivada entre otros por los emperadores Nerón y Adriano, un género en torno al cual se organizaban competiciones públicas.

Más tarde, y asociado a la crisis económica de los ss. III y IV, y al éxito del cristianismo, la música relacionada con los espectáculos públicos terminó por desaparecer, al igual que estos, para dar paso a otra época e, incluso, a otras culturas en las que las musas habrían perdido su papel inspirador.

Bibliografía

AA.VV. (2003): *El teatro romano: la puesta en escena*, Zaragoza.

BLÁZQUEZ, J. M. (1985): *Mosaicos romanos de Navarra*, Madrid.

COMOTTI, G. (1986): *La música en la cultura griega y romana* (Fernández Picardo, R. trad.), Madrid (1ª Ed. 1977 Torino).

FERNÁNDEZ DE AVILÉS, F. (1945): "El mosaico de las Musas de Arróniz y su restauración en el MAN", *Archivo Español de Arqueología*, XVIII, 342-350.

GROUT, D. J. y PALISCA, C. V. (2001): *Historia de la Música Occidental*, 1 (Mamés, L. trad.), Madrid (1ª Ed. 1960).

MEZQUÍRIZ, M. Á. (2003): *La villa romana de Arellano*, Pamplona.

SAN NICOLÁS, M. P. (2011): "Mosaicos hispano-romanos con representaciones de musas", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 24, 471-490.

Texto: Alejandro Villa, enero de 2020

Adaptación del texto: Dori Fernández (Departamento de Difusión)

Museo Arqueológico Nacional

Departamento de Difusión

Serrano, 13

28001 MADRID

Tel. (+34) 915 777 912

Fax (+34) 914 316 840

www.man.es/man/actividades/pieza-del-mes.html



MAN MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL

LA MÚSICA EN EL MUSEO

Mosaico de Las Musas

Música y espectáculo en el mundo romano

DOMINGOS 11:30 H.
ENERO 2020

MAN

El mosaico de las Musas de Arellano constituye el ejemplar más completo de Hispania con iconografía de estos seres mitológicos. La mayor parte de las artes a las que representan (épica, lírica, tragedia, comedia, danza e, incluso, astronomía y geometría) tienen relación más o menos directa con la música, tal y como se entendía ésta en el mundo grecolatino; una música que constituyó un elemento fundamental en gran parte de los espectáculos públicos romanos, entre los que se contaban géneros propios, como las atelanas, el mimo y la pantomima.

El mosaico de las nueve musas

El mosaico de las Musas de Arellano (Navarra) procede de una villa construida en dos etapas: la primera, entre los ss. I y III d. C., cuando funcionó como una explotación vitivinícola; y la segunda, entre el IV y el V, cuando adoptó una función residencial, donde además se desarrolló un culto en torno a las divinidades orientales de Cibele y Attis, protagonistas, también, del resto de los mosaicos de la villa. El mosaico de las Musas, fechado en el s. IV., pertenece a esta última etapa, ofrece gran variedad cromática y está elaborado con dos técnicas musivarias distintas: *opus tessellatum* y *opus vermiculatum*.

En cuanto a su programa iconográfico, las nueve musas se disponen en nueve compartimentos en torno a una zona central muy perdida; aparecen en un ambiente natural, con el edificio de una villa al fondo, identificadas por sus atributos y acompañadas por sus maestros más representativos. Desde la zona superior derecha (I) y siguiendo un sentido antihorario, se ha propuesto la siguiente identificación: I y II (sin identificar); III, *Urania* (la celeste), musa de la Astronomía, portando el globo celeste y el compás, y el escritor griego Arato; IV, *Calíope* (la de la bella voz), musa de la Poesía Épica, junto a Homero; V, probablemente *Érato* (la adorable), musa de la Poesía Lírica, tocando la cítara; VI, Melpómene (la celebrada en cantos), musa de la Tragedia, acompañada de una máscara trágica; VII, *Talía* (la floreciente), musa de la Comedia, quien se

acerca una máscara cómica a la cara, junto al comediógrafo Menandro; VIII, *Euterpe* (la deliciosa), musa de la Música, representada con una tibia, nombre que dieron los romanos al *aulós* griego (ambos instrumentos estaban formados por dos tubos con embocadura de lengüeta), y acompañada de Hyagnis, músico frigio inventor del *aulós*, que sujeta uno de los tubos de otra tibia en su mano izquierda; y, por último, IX, donde aparece *Clío* (la gloriosa), musa de la Historia, portando una tablilla para escribir. En los espacios dañados, probablemente estuvieron Polimnia (la cantora de himnos), musa de la geometría y la pantomima, y Terpsícore (la deliciosa danzante), musa de la danza.

De musas, museos, mosaicos y música

El mosaico estaba situado en una estancia octogonal, seguramente un *musaeum* (templo de las musas), destinado a actividades intelectuales; con el tiempo, el mismo vocablo latino daría lugar al de “museo”, ya con la acepción que manejamos en la actualidad. Seguramente, y debido a su belleza y perfección técnica, la palabra “mosaico” significa “obra inspirada por las musas”, protagonistas de este mosaico. Eran hijas de Zeus/Júpiter y Mnemósine y los griegos las consideraban inspiradoras de las Artes, estando relacionada cada una de ellas con una disciplina artística o del conocimiento, como ya se ha comentado. Su presencia en este mosaico parece destinada a inspirar al dueño y señor de la villa, seguramente un *dominus* relacionado con las artes.

Pero, entre todas las artes que inspiraban las musas a los mortales, “el arte de las musas” o música (término también proveniente de la palabra “musa”) tenía especial relevancia pues, para griegos y romanos, era inspirada prácticamente por todas ellas, no solo por una, al considerar estos que la música abarcaba la melodía, el canto, la danza y, además, los géneros teatrales (comedia y tragedia) y los poéticos (épica y lírica), que se acompañaban con música.

Música y espectáculo en Roma: la influencia etrusca y griega

Roma recibió el influjo de la música griega, cuya teoría musical e instrumentos acabaría adoptando, por una doble vía: a través de los etruscos, cuya música ya presentaba contactos con la del mundo heleno; y mediante el contacto directo con los griegos, cuyo territorio conquistarán en 146 a. C.

En cuanto a la influencia etrusca, ya se aprecia desde época de la Monarquía (ss. VIII a VI a. C.), en las formas musicales y escénicas romanas. Se conocen varios tipos de canto ritual, como los poemas sacrales, los cantos conviviales, los *carmina triumphalia* y las lamentaciones fúnebres. En el ámbito del espectáculo, tanto en Roma como en Etruria, las representaciones teatrales tenían también un propósito ritual. Se basaban en la improvisación, y todas se acompañaban con música instrumental, canto y danza, destacando tres géneros: fesceninos, atelanas y *ludi scaenici* o juegos escénicos.

Los fesceninos, originados en la ciudad etrusca de Fescenio, consistían en diálogos improvisados en verso, de carácter satírico, jocoso y con expresiones subidas de tono, representados por actores no profesionales. Esta tradición es considerada por algunos como el origen del teatro en Roma. Las atelanas o farsas aldeanas, con origen en la ciudad de Atella, tenían el mismo carácter satírico y popular. En ellas se representaban, en prosa y en verso, hechos de la vida cotidiana y se alternaban bailes y piezas musicales. Los intérpretes eran ciudadanos libres que cubrían su rostro con máscaras estereotipadas: el viejo avaro y lujurioso, el jorobado, el glotón y hablador y el personaje estúpido y ridículo. A cada uno de los estereotipos le correspondía un tipo de música y danza determinado. Finalmente, en los juegos escénicos, los actores (histriones, “bailarines”, en lengua etrusca) cantaban y bailaban al son de la tibia.

Ya en época republicana, y sobre todo a partir del s. III a. C., los géneros teatrales griegos (tragedia y comedia, cuyas musas inspiradoras serían Melpómene y Talía,

respectivamente), representados en latín, desplazaron a los antiguos géneros itálicos. No obstante, los romanos no siempre respetaron la integridad de los textos griegos, sino que, empleando la técnica denominada de *contaminatio*, interpolaban el contenido de distintas obras e introducían elementos ajenos a ellas, como el hecho de cantar determinados pasajes concebidos para ser representados. Las obras comenzaban con un solo del tibia o tañedor de tibia, instrumento que solía acompañar la representación. Con la conquista de Grecia en 146 a.C., gran número de literatos, artistas, actores y músicos griegos se trasladaron a Roma, donde cultivaron y enseñaron la música griega.

El éxito de los espectáculos para solistas: el mimo y la pantomima

Cuando los antiguos géneros escénicos (comedia y tragedia) decayeron, afloró otro tipo de representaciones, también de tema cómico y trágico, pero ejecutadas por intérpretes individuales: el mimo y la pantomima. Con precedentes en el mundo griego, el mimo consistía en una representación de tipo burlesco o satírico de un hecho (cotidiano o mitológico) por parte de un actor, conocido como *saltator* o *saltatrix*, quien empleaba la palabra, el gesto y la danza y se movía al son de una orquesta y un coro. El instrumento protagonista era la tibia, que marcaba las medidas, los ritmos y las cadencias al protagonista. En el mimo, lo importante no era la acción, sino la música instrumental y el dominio de la expresión corporal.

En la pantomima, cuya musa asociada sería Polimnia, se representaban acontecimientos históricos o mitológicos, también por parte de un bailarín solista acompañado por un coro y una orquesta. El actor, mudo y enmascarado, se limitaba a reproducir con su cuerpo, a través de la danza y de la mímica, los relatos cantados por el coro y acompañados por la orquesta. Por lo tanto, el interés de la pantomima tampoco residía en su trama narrativa, sino en los monólogos cantados, la danza y la expresión corporal. El número de instrumentos, en un primer